

SANTANDER

Capitán LUIS A. ANDRADE A.



Discurso pronunciado el 7 de agosto, en el Parque Santander en homenaje al "Hombre de las Leyes".

Honorables Miembros de la Academia Colombiana de Historia, Señores Oficiales, Señoras, y Señores:

—0—

Estas fechas del año están repletas de hechos memorables cuya significado marca los puntos culminantes de nuestra historia nacional.

Ayer fue el grito valeroso de la independencia; el 24 de julio el aniversario del natalicio del Libertador; el veinticinco la carga desesperada del Pantano de Vargas y un poco más tarde la jornada inmortal de Boyacá.

Es como si deliberadamente hubieran querido agruparse para obligarnos a que en su invocación aniversaria comprendamos mejor la lección inagotable de su ejemplo.

Hace ciento cuarenta y dos años en la historia, en una tarde bronceada como estas características de los Andes, se cumplió la hazaña más trascendental de la Independencia Colombiana. Quienes asistieron a ella inflamados por el espíritu de la nueva Patria, proyectan su figura sobre los tiempos que se suceden y llegan hasta las puertas de mi generación para golpear en su conciencia y despertarla al sentimiento de la unidad nacional íntima y cohesionada.

Entre esas figuras sobresalientes de la magna epopeya se destaca, en esta fecha de tan gratas recordaciones, la

del "Organizador de la Victoria". Allí está el joven general Francisco de Paula Santander comandando los destacamentos de la "Vanguardia" que con tanto celo como afortunada previsión había creado y organizado e instruido en las pampas caliginosas del oriente Granadino.

Esta es la hora culminante de su carrera, que empezó con el primer aliento de la revolución y que aquí encuentra su punto máximo porque corona la tremenda ambición de su vida que fue ver a su tierra nutricia victoriosa al fin y libre de las cadenas opresoras.

Ninguno de los actos anteriores o posteriores de su fecunda vitalidad puede encerrar un más profundo significado y una más enternecedora herencia. Porque aquí se consiguió el objetivo tan largamente acariciado por él y tan penosamente arrabataado a la naturaleza y a los hombres. Antes de aquí fue un peregrinaje doloroso de desengaños, de incomprendiones, de inexperiencias, de derrotas en los campos de batalla; aunque nunca de abatimientos, de flaquezas o de desmayos. Y es esa fé y esa mística incomparables las que hicieron el milagro portentoso y casi inimaginable de que las monotoneras arrebatadas pusieran en fuga vergonzosa a los curtidos tercios españoles.

Y lo que siguió después de este me-

mento, aunque tiene las dimensiones de una obra monumental como es la de la Organización Civil de la República, debió significarle y depararle menos satisfacciones como quiera que la gloria alcanzada allí no podía empañarse ni menguarse o por la maledicencia o por la envidia o por la pugnacidad de una lucha que ya no tenía las mismas características de la Batalla heroica.

Santander descuella en este siete de agosto memorable como la figura más recia y más extraordinaria entre los Próceres Neogranadinos. Su dinamismo, su prodigiosa actividad, su capacidad para la lucha en cualquier medio, aún los más adversos, le permitieron escapar del patíbulo, derrotar al adversario y construir la Patria.

La generación que hizo posible la revolución de independencia en el país perdió sus hombres más prominentes en la derrota de la primera República, pero Santander no claudica y nó se detiene y nó se deja sorprender. Aún derrotado se pone fuera del alcance del enemigo y se rehace y se organiza y se apresta para nuevos combates que han de llevarlo ininterrumpidamente a los triunfos parciales y a la victoria final.

El es, hasta este momento, también la figura militar más sobresaliente de los nuestros. Y esta afirmación tiene relieve si ha de considerarse que en la campaña libertadora que culminaba en esta fecha iban acompañándolo la impetuosidad de Córdoba en trance de superación, la madurez de don Joaquín París o el carácter afirmativo de don Antonio Obando.

Este otro enfoque de su personalidad lo coloca al lado de Bolívar, y el otro afortunado conductor de la epopeya y al lado de los Jefes venezolanos que se formaron desde los tiempos de la guerra a muerte, en las dilatadas planicies del Orinoco, en Angostura o en Calabozo. Y de los hijos de Al-

bión, aventureros enamorados de las batallas, que eclipsada la gloria napoleónica vinieron para escribir su parrafada de leyendas en las páginas recién abiertas de la historia del nuevo mundo.

Nuestro, auténticamente colombiano o Neogranadino, es Santander el que fulge con luz propia y el que descuella por su brillante personalidad y por su recia contextura de Jefe Militar, de conductor político y de patriota eminente, por todos señalado como el organizador de la victoria y el arquitecto de la República.

Al cumplirse este nuevo aniversario de la Batalla que culminó la primera parte de su obra, está muy bien que lleguemos hasta este lugar que se consagra a su memoria, para meditar serenamente en el ejemplo de su patriotismo, de la abnegación casi sin límites y de la entrega absoluta y devota a los más ciertos intereses de la comunidad. Y al rendirle el homenaje de las FF. AA. de Colombia, debo decirle al héroe que sus virtudes de soldado y sus dotes de conductor y Jefe, siguen iluminando los derroteros de nuestra misión, nutriendo nuestra esperanza de mejores destinos y alentando nuestra fé en los principios de su ideal de una Patria amable, grande y generosa.

Que pasarán las edades y los nombres pero que los soldados de la República estarán vigilando eternamente el monumento de su grandeza para que el brillo de su espada victoriosa ni desaparezca ni se desluzca.

Que hoy, como en los días de la emancipación, nos une la voluntad de ser, y la certidumbre de que somos, prolongación de sus cenizas y herencia de su esperanza y de su fé.

Y por último, que venimos a reafirmar aquí nuestra gratitud de patriotas y nuestra absoluta seguridad de que hemos entendido bien lo que significa el título de soldados de Colombia.